**Domingo 30 del Tiempo Ordinario (23.10.2016): Lucas 18,9-14**

***‘Dos hombres subieron al templo a orar…’.* Y en ese templo, ahora, escribo ¡CONTIGO!**

Dejé ya adelantado en el comentario anterior que el capítulo decimoctavo de Lucas comenzaba con dos muy intencionadas parábolas. De la primera ya hablamos el domingo pasado. Y de la segunda empezamos a hablar ahora: *“Dijo también esta parábola a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás”* (Lucas 18,9). Y de este capítulo de Lucas nada más se leerá en adelante en las liturgias de la misa.

En los versículos 15 a 43 hay relatos muy preciosos de este Evangelista. Creo que no conocerlos es tan peligroso como renunciar a conocer a Jesús de Nazaret. Saber que existen y no acercarse a ellos es caminar enceguecido por el camino del seguimiento de este laico y galileo que se dirige a Jerusalén sin volver la vista atrás. Quien no lee es como quien no ve, que es lo que le sucede al ciego sentado en la entrada de Jericó (18,35-43). ¿Por qué en este año de la lectura de Lucas no se lee un relato como éste? ¿Por qué existen estos silencios en los dicasterios vaticanos? ¿Lo sabe el propio Francisco papa y se calla?

Retomamos la lectura y contemplación crítica de las acciones y palabras de ese par de hombres que subieron al Templo de Jerusalén ‘a orar’ (Lucas 18,9-14). Es decir, a contemplar qué hacían en sus días con su vida y qué decían o se decían. Más contraposiciones entre ambos no se pueden expresar con menos palabras.

Creo que cualquier lector ya sabe que un extranjero, pecador o pagano no podía estar en los lugares más cercanos al santuario donde se creía que residía la presencia de Yavé Dios. Nadie sabe bien dónde se situó el fariseo, pero no es descaminado pensar que estaba muy cerquita del lugar donde los sacerdotes ofrecían los sacrificios (en primera fila y frente al presbiterio y sagrario, podríamos decir hoy pensando en nuestros templos).

Sin embargo, el publicano extranjero y pecador no habría abierto ni la puerta de una de nuestras iglesias. Como mucho, se acercó al atrio y se quitó la boina, como solía hacer mi padre. Y en aquel enorme atrio del templo de Jerusalén, llamado patio de los gentiles, lo que se veía, oía y olía no era otra cosa que las altisonantes manifestaciones de compradores y mercaderes de todo cuanto se podía comprar o vender, desde unos dátiles del oasis de Jericó hasta la miel de los desiertos de Judá o un asno sabio para recorrer cómodamente los tortuosos caminos de la Judea, Samaría o Galilea.

¡Qué oraciones tan distintas y distantes se despiertan en ambos contempladores de la espiritualidad del día a día de sus vidas! Pero…, cuando medito esta parábola del fariseo y del publicano tengo la impresión de haberla ya encontrado y comprendido en otros lugares del Evangelio de Lucas. ¿No me la contó cuando le leí lo del padre y sus dos hijos en Lucas 15? Claro. Era la parábola de los fariseos y publicanos. Y Jesús que comía… ¿Orar es comer? Y al revés, ¿comer es orar? Claro que sí. Y no me olvido del mensaje de este Lucas justo antes de contarnos la cena de Jesús en casa del fariseo Simón (7,36-50): *“Ahí tenéis a este hombre, un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores. Un dignísimo ejemplo de hombre sabio”*  (Lucas 7,34-35). Este Jesús de Lucas siempre escoge identificarse con el publicano. Olé.

**Domingo 48º del Evangelio de Juan (23.10.2016): Juan 19, 28-30**

***Todos sabrán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros*. ¡El AMoR es AMaR!**

Texto muy breve. Tan solo tres versículos. Tal vez el más breve de cuantos he comentado de este cuarto Evangelio. En ese habitual encabezamiento estuve a punto de escribir aquello de ‘¡AMAR ES MORIR!’, pero no me pareció ni apropiado ni oportuno. No deseo ofrecer seguridades a una cierta comprensión teológica muy difundida y sostenida en la tradición del magisterio eclesiástico. El relato describe el hecho real e histórico de la muerte de Jesús. Para esa tradición eclesiástica el amor más grande de Jesús se manifestó en su muerte. Se dijo -y se dice y se dirá-, que para eso había sido enviado por Dios, el Padre insatisfecho por el viejo pecado del añorado paraíso. ¡Qué bien sabe presentarse siempre la teología de la redención!

Sin embargo, ‘amar es siempre vivir’ o ‘vivir siempre’. ¿Amar es morir? Nunca. Creo, y hasta dentro de la equivocación, que el morir no pertenece a la realidad del amar, que es el amor. El amor es vida. Sólo vida. Todo vida. Más de uno me dirá que en el papel se puede escribir lo que se quiera, porque el papel lo aguanta todo o porque ahí se aguanta todo. Sin embargo, sigo creyendo que el amor, por ser vida y solo vida, ni muere, ni quiere ni puede morir.

Después de leerse detenidamente este relato de la muerte de Jesús como nos lo cuenta Juan, a uno se le despiertan infinidad de interrogantes. ¿Quién le dijo a este narrador Juan que las últimas palabras de Jesús poco antes de morir fueron: *‘Tengo sed’*? (19,28) ¿De dónde se sacó Lucas que aquellas últimas palabras de Jesús en la cruz fueran como una plegaria: *‘Padre, en tus manos pongo mi espíritu’*? (Lucas 23, 46). Y, según se lee, el Evangelista Mateo debió de tener otro informador bien diferente, porque en boca de este Jesús moribundo pone estas otras palabras tan distintas y tan distantes, como también lo constatamos en Marcos: *‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mateo 27,45-50 y Marcos 15,33-37).

Y si de las palabras pasamos a detener nuestra reflexión sobre los hechos, las diferencias entre los datos de cada Evangelista nos confunden más de lo que nos confirman. Y esto, sin olvidarnos de que se trata de contar el hecho real e histórico de la muerte de Jesús de Nazaret. En el relato de Marcos y Mateo, el último grito del moribundo Jesús fue tan estridente que afectó a la mismísima integridad del velo del Templo (Marcos 15,37-38 y Mateo 27,50-51). Y, según Mateo, hasta la propia tierra tembló, se hendieron las rocas, se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos resucitaron… (¡Increíble esta palabra de Mateo 27,51-53!). Según Lucas, los hechos sorprendentes sucedieron unas horas antes (23,44-45). Luego grita, habla y expira (23,46). Sólo en el Evangelio de Juan, el moribundo Jesús permanece en todo momento sereno, consciente de que todo está cumplido inclina la cabeza, ‘expira’, se apaga, deja de respirar.

La presencia de las personas que contemplan esta muerte de Jesús, fuera como fuese, se la dejo para la contemplación crítica que es la oración. Personalmente me impresiona el dato de saber que en estas cuatro tradiciones evangélicas está presente, más lejos o más cerca de la cruz del inocente crucificado, María Magdalena. Ella está. No habla. ¿Qué hace? ¿Ve entre las sombras del atardecer, mira, contempla, escucha, acoge, se duele…? Creo que es ella quien recuerda ahora aquello de su Jesús de Nazaret: amaos unos a otros. **Carmelo Bueno Heras**